

Río revuelto

JOAN DIDION

Traducción de Javier Calvo

gatopardo ediciones 

Título original: *Run River*

Copyright ©1963 by Joan Didion

All rights reserved including the rights of reproduction
in whole or in part in any form.

© de la traducción: Javier Calvo, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2018

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Bobby and Betty, c. 1953

Imagen de interior: Joan Didion, 1970, Los Angeles Times Photographic
Archive, UCLA Library. © Regents of the University of California,
UCLA Library, CC-BY

Imagen de la solapa: © Quintana Roo Dunne

ISBN: 978-84-946425-9-3

Depósito legal: B-1660-2018

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Joan Didion en 1970.

Para mi familia y para N.

*Toda la noche te he estado cogiendo la mano,
como si te hubieras
enfrentado por cuarta vez al reino de los locos
—a su habla trillada, a su mirada homicida—
y me hubieras arrastrado a casa con vida...*

ROBERT LOWELL

... El verdadero Eldorado está más adelante todavía.

JOHN MASON PECK,
A New Guide for Emigrants to the West, 1837

AGOSTO DE 1959

CAPÍTULO 1

Lily oyó el disparo a la una menos diecisiete. Supo qué hora era con exactitud porque, en vez de mirar por la ventana la oscuridad donde el disparo todavía reverberaba, siguió abrochándose el cierre del reloj de pulsera de diamantes que Everett le había regalado hacía dos años, para su decimoséptimo aniversario; se quedó mirando la esfera un largo rato y luego, sentada en el borde de la cama, se puso a darle cuerda.

Cuando ya no pudo darle más cuerda, se puso de pie, todavía descalza de la ducha, cogió un frasco de Joy de su mesa de tocador, se echó un buen chorro en la mano y se lo metió por debajo del cuello del vestido para extenderse, como si fuera una especie de amuleto, por los pechos pequeños y desnudos: en las páginas despreocupadas de aquellas revistas en las que Joy era proclamado periódicamente el Perfume más Caro del Mundo, no salía ninguna mujer que, estando sentada en su dormitorio, oyese disparos en su embarcadero.

No tenía la mirada fija en las ventanas, sino en las fotografías enmarcadas de los niños en la pared junto a su tocador (Knight con ocho años, la espalda muy recta y uniforme de los Cub Scouts; Julie con siete, el mismo verano);

Lily dejó su mano dentro del vestido hasta que el Joy terminó de evaporarse y no le quedó nada que hacer más que abrir el cajón donde había estado guardado el revólver del 38 desde el día en que Everett había matado a la serpiente de cascabel en el jardín. Pero el revólver no estaba donde tendría que haber estado en el cajón de la mesilla de noche. Ella ya sabía que no estaría.

Nueve horas antes, a las cuatro de aquella tarde, Lily había decidido que no iba a ir a la fiesta de los Templeton. Hacía demasiado calor. Se había pasado toda la tarde en el piso de arriba, tumbada en la cama en combinación, con las persianas bajadas y el ventilador encendido. Everett estaba en los campos de lúpulo, enseñándole el nuevo sistema de riego a un cultivador de la parte baja del río; Knight había ido en coche a la ciudad; y Julie, supuso Lily, estaría en alguna parte con uno de los gemelos Templeton. La verdad era que no lo sabía.

Las tardes siempre terminaban así. A finales de junio, tras la crisis, ella había insistido en que todos echaran una siesta después de la comida. Aunque las tres primeras tardes había subido al primer piso, al cuarto día ella había oído a Julie hablar por el teléfono de la planta baja («No lo puedes decir en serio. Pero si me juró que habían roto hacía meses»), y al quinto ya estaba sola en casa, como siempre. No obstante, Everett y los niños se habían mostrado extremadamente acomodaticios con el plan; si había una palabra que describiera la actitud de todo el mundo en relación con todo desde junio, esa palabra era «acomodaticio». A lo largo del verano había dado la impresión de que un simple desacuerdo entre ellos podía romper la familia de nuevo; de que una sola palabra dicha sin pensar podía provocar que la casa se viniera abajo para siempre.

Lily se levantó y subió una persiana. El calor todavía reverberaba en el aire, tan concentrado que parecía a punto de provocar un incendio. Después de la cena se daría otra ducha, abriría las ventanas de par en par y leería uno de los libros de Knight. Su hijo tenía montones de libros en el suelo de la habitación. A ella le daba la sensación de que Knight se había pasado el verano entero haciendo maletas, deshaciéndolas, ordenando y reordenando las cosas que tenía planeado llevarse a Princeton: ya había empaquetado tantos libros para llevárselos al Este que al final Everett le había preguntado si tenía alguna razón para pensar que a los alumnos de primer año no les estaba permitido el acceso a la biblioteca de Princeton. «Para qué dejarlos aquí», había dicho Knight con un encogimiento de hombros, y durante unos segundos Lily lo había odiado, había percibido malicia en su voz indiferente mientras contemplaba cómo la cara de Everett adoptaba aquella expresión suya de fingida despreocupación.

En cualquier caso, esta noche iba a intentar leer, aunque cada vez le costaba más concentrarse; últimamente sólo podía leer libros sobre gánsteres de Chicago o bien libros escritos por oceanógrafos. La Matanza del Día de San Valentín y la Fosa de Mindanao le resultaban, en su equidistancia respecto a ella, igualmente absorbentes. La semana anterior, cuando Knight tenía que ir en coche a Berkeley, ella le había pedido que le comprara unos cuantos libros nuevos en una de las tiendas de ediciones de bolsillo de la avenida Telegraph. Knight la había informado de que aquellos libros se podían encontrar sin problemas en el centro de Sacramento. Ella parecía no saber que ahora había librerías de ediciones de bolsillo en Sacramento. Parecía que ni a Lily ni a su padre les entraba en la cabeza que las cosas estaban cambiando en Sacramento, que la Aerojet General y la Douglas Aircraft y hasta el State

College estaban atrayendo a una nueva clase de gente, una gente que había vivido en el Este y que leía. Tanto su padre como ella se iban a quedar pasmados cuando por fin se diesen cuenta de que ya no quedaba nadie en Sacramento que hubiera oído hablar de los McClellan. O de los Knight. Él, sin embargo, no creía que fueran a enterarse nunca. Se limitarían a continuar como siempre, dedicando sus malditas camelias mugrientas de Capitol Park a la memoria de sus malditos pioneros mugrientos.

Aunque ella no creía que Knight le hubiera traído ningún libro nuevo sobre Columbus Iselin o Mad Dog Coll,¹ el mero hecho de sentarse a oscuras y contemplar las luces de la carretera del dique sería mejor que ir a casa de Francie Templeton, donde la gente estaría acalorada y alguien bebería más de la cuenta y acabaría diciendo cualquier cosa en un tono que le era familiar; ir a las fiestas del río se había vuelto tan desagradable como ver un rollo tras otro de películas caseras borrosas, con las copias un poco desgastadas por el uso. *Ésa es la cocina y ahí está Joe Templeton, intentando vaciarle la copa a Francie en el fregadero; mira, Francie está pateando el suelo de rabia y ni siquiera es medianoche todavía; y mira ahora, aquí viene la pequeña Jennie Mason, buscando por el jardín a Bud Mason; acuérdate, porque a continuación vas a ver a Everett McClellan consolando a Jennie Mason (que en una secuencia extirpada de este rollo ha malinterpretado de forma desafortunada aunque lógica el hecho de que Bud Mason estuviera en el jardín con Lily McClellan); ese de ahí es Everett, el que tiene aspecto de hombre que ha sufrido mucho. Ni siquiera hace falta sonido. Puedes contar con que siempre habrá alguna pequeña Jennie,*

1. Columbus O'Donnell Iselin (1904-1971), oceanógrafo estadounidense; Vincent «Mad Dog» Coll (1908-1932), gángster activo en Nueva York en la década de 1930. (N. del T.)

puedes contar con las mismas caras de siempre y los mismos juegos de siempre; en una de las fiestas que había dado Francie el año anterior, en la que Ryder Channing había anunciado en tono beligerante que les debía dinero a cinco de los diez hombres presentes en la sala, a Lily le vino a la cabeza la idea de que ella se había acostado con siete de ellos, y que en cuatro casos no se acordaba exactamente de cuándo ni de dónde. A estas alturas, los cuatro ya eran parte del mismo error de discernimiento. Aunque llevaba desde junio sin ir a una fiesta en el río, se acordaba de lo que había pasado cuando acabó la última con la misma claridad distorsionada que envolvía todo el mes de junio: no había sido la primera fiesta de la que se había marchado para irse a una habitación de hotel, pero sí la primera de la que se había marchado para irse al Senator, que ella seguía considerando el hotel de su padre. A su padre le gustaba el bar del Senator, y de pequeña la había llevado allí en varias ocasiones a tomar gaseosa con granadina. (La mañana siguiente, después de aquella fiesta, apretándose la almohada de Everett contra la tripa, Lily se había clavado las uñas en el brazo hasta hacerse un hematoma, pero a mediodía había ido ella sola en coche hasta el lago y de nuevo había empezado a pensar que todo era culpa de Everett. Nada habría pasado de haber estado Everett en la fiesta, de no haberse quedado en casa lamentándose por su hermana; nada de todo aquello habría pasado de haber estado Everett allí.)

«Tienes que dejarlo ya», le había dicho Ryder Channing en junio, aquel día en el lago que formaba parte de la crisis, y aunque Ryder era el menos indicado para decírselo, estaba en lo cierto. Una simple fiesta podía provocar que todo empezara otra vez: dos copas, alguien que estuviera de visita en la ciudad, el hecho de que Everett no le prestara atención, con eso ya bastaba; y cuando hoy a las

cuatro y media Everett había subido al primer piso, ella le había dicho que no quería ir a casa de Francie Templeton.

—Hace demasiado calor. Ve tú si quieres.

Ella se estaba cepillando el pelo, estirándoselo por delante de la cara, intentando encontrar las canas que Julie había afirmado verle entre los cabellos oscuros. Lily no se imaginaba a sí misma con el pelo gris: en primer lugar, todavía no tenía treinta y siete años, y en segundo lugar, siempre se había imaginado que su estilo era ser atractivamente frágil. Con el pelo canoso no se podía ser atractivamente frágil; sólo se podía ser frágil a secas.

—Van a ir Knight y Julie —añadió.

Everett se sentó junto a la ventana. Su cara y su camisa caqui estaban manchadas de polvo y de sudor.

—Creo que deberías ir. Te esperan.

—Me duele la cabeza —dijo ella despreocupadamente—. No puedo hacer nada para evitarlo, ¿verdad? O sea, cualquiera admitiría que es un caso de fuerza mayor, ¿verdad? Incluso Francie Templeton. Si te sientas al lado del ventilador con la camisa mojada, cogerás frío.

—Tú y tu madre.

—Es congénito. Lo leí en el *Reader's Digest*. Cinco médicos de Nueva York. «Cómo hacer que los dolores de cabeza te beneficien.» En fin. Ve tú.

—Muy bien —dijo él sin interés—. De acuerdo.

Everett empezó a silbar una melodía desafinada entre dientes. Su silbido y el zumbido del ventilador eléctrico eran lo único que rompía el silencio. Lily fue consciente de que él no le quitaba la vista de los brazos desnudos mientras se estaba cepillando el pelo.

—Podríamos irnos este invierno —dijo él de repente.

—¿Irnos? —repitió ella—. ¿Irnos adónde?

—Podríamos hacer un viaje. Podríamos coger uno de esos barcos que hacen trayectos de cuarenta y un días o

algo así. Podríamos ir a Alaska, o a Australia, o a Europa o algún sitio parecido.

—A Alaska no, cariño. Creo que no debe ser muy divertido ir a Alaska en invierno.

—A alguna parte —insistió él.

—Australia. Imagínate.

—Escucha —dijo Everett—. A mí me gustaría. Es algo que no hemos hecho nunca, irnos juntos. Hacer un viaje largo. Te sentaría bien.

Querer irse de viaje era algo muy poco propio de Everett. Desde la guerra sólo había salido de los ranchos algún fin de semana de forma ocasional, para asistir a alguna reunión de cultivadores o a un funeral en el Valle. Cualquiera diría que era un Ivar Kreuger² en versión agrícola, encargado de custodiar un imperio efímero y que precisaba de un control constante e intervenciones rapidísimas. Aunque Lily le había pedido que los acompañara a ella y a los niños en su viaje a Europa, en el verano de 1957 (*No tiene sentido si no vienes tú, Everett, cariño, no tiene sentido mandarme a mí sola. Todo seguirá igual cuando yo vuelva, por favor, Everett*), él se había negado.

—¿Puedes dejar los campos? —le preguntó ella ahora.

—Creo que sí. —Él se puso de pie y subió una persiana—. Y en todo caso —añadió—, podéis ir Julie y tú.

—Ella no puede dejar las clases. Tiene que estudiar para los exámenes de ingreso a la universidad, y además cree que está enamorada. Cree que se va a casar con ese Beta de Berkeley. No creo que se pudiera separar de él ni para venir a despedirnos al puerto.

—No te referirás a aquel chico que nos trajo.

2. Ivar Kreuger (1880-1932), ingeniero sueco que, mediante agresivas inversiones y manipulaciones financieras, muchas de ellas fraudulentas, llegó a construir un imperio económico. (N. del T.)

—Exacto. Ese mismo.

—No me cayó bien. Ya sabes que no me cayó bien.

—Everett hizo una pausa—. Parecía un puñetero italiano con aquella chaqueta que llevaba.

Lily no dijo nada. El chaval medía metro ochenta y ocho, le sacaba dos dedos de altura a Everett y era casi tan rubio como él a su edad y tanto como Knight ahora. Y aquel día de julio en que vino a ver a Julie, llevaba puesta una chaqueta de madrás, que era idéntica a una que Knight tenía colgada en su armario. A Everett no le había caído bien porque se había servido una copa y le había ofrecido otra a Julie.

—En cualquier caso —dijo Lily por fin—, de lo que aquí se trata no es de que yo vaya con Julie, ¿verdad que no?

—Te sentaría bien hacer un viaje —repitió Everett sin mirarla.

—No cambiaría nada.

—Está por ver —dijo él—. Unas vacaciones largas.

Lily se reclinó en el cabezal de nogal de la cama hasta que las hojas labradas se le clavaron en la espalda. *Unas vacaciones largas.*

Everett se sentó a su lado, le cogió el cepillo de la mano y comenzó a cepillarle el pelo. Cuando ella apoyó la cabeza en su brazo, él dejó el cepillo y se puso a hacerle un masaje en los hombros.

—Julie dice que me ha visto canas —dijo Lily.

—Tampoco es tan grave, ¿no?

—Ella considera que me otorgarían un aire de distinción. Cree que es muy distinguido dejarse canas. Y también cree que ya me toca. Yo le dije que con cuarenta años no se tiene por qué parecer una abuela, y ella se me quedó mirando.

Everett le masajeó los músculos del cuello.

—Julie es una buena chica.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Eso me alivia el dolor de cabeza.

—Métete en la cama —dijo él, sin apartar las manos de sus hombros.

Ella retiró la sábana con una mano, se bajó los tirantes de la combinación con la otra y se quitó las sandalias de esparto con los pies. Tumbada encima de la sábana, miró cómo Everett volvía a bajar las persianas y se quitaba la ropa. Siempre le había gustado lo delgaducho que se le veía sin ropa. Era el único hombre al que había visto al que se le notaban todos los huesos.

—Dios bendito —susurró ella mientras estiraba el brazo para tocarlo—. Everett, cariño, qué cansados estamos.

Antes de que él terminara, Lily se echó a llorar, un llanto sin lágrimas que contenía una parte de placer y otra de fatiga, y mucho rato después de terminar, seguía aferrada a él, agitando los hombros al ritmo de las suaves sacudidas de los sollozos y rodeándolo con las piernas. (Ahora sólo podían estar juntos por las tardes o en mitad de la noche, después de haber dormido los dos; llevaban desde sus primeros años de matrimonio sin poder apagar las luces y darse la espalda el uno al otro. Se lo impedía una especie de orgullo, cierta reticencia o aversión. A lo largo de los años, los dos habían leído mucho.) Lily permaneció echada escuchando el ventilador, los mosquitos y la llegada del coche de Knight, que se detuvo frente a la casa; escuchó sin moverse el sonido persistente del teléfono y, por fin, los golpes en la puerta del dormitorio.

—Tu madre está durmiendo, Knight —le gritó China Mary desde la cocina—. Ahora no quiere coger el teléfono. Dile a quien sea que llame más tarde.

—Más tarde, y un cuerno —murmuró Everett, medio dormido—. ¿Por qué cogen el teléfono? ¿Por qué no lo le quitan el sonido para no tener que oírlo?

—¿Por qué no te duermes? —le dijo Lily en voz baja, besándole la mejilla.

De recién casados, la aversión de Everett por coger el teléfono le había parecido un gesto considerado: *no vamos a decirle a nadie que tenemos teléfono, cielo*. Había tardado casi dos años en darse cuenta de que no tenía nada que ver con ella, de que Everett mostraba la misma actitud hacia el teléfono que hacia el correo, una actitud tan recelosa como si estuviera investigando ruidos nocturnos tras la puerta del sótano.

—Quédate aquí un momento —añadió ella—, y te traigo una copa.

Aunque habría preferido pasarse otra hora echada en la cama, susurrándole a Everett y bebiendo bourbon (el teléfono sonó dos veces), finalmente optaron por bajar a cenar. Julie llegó tarde, las alcachofas ya estaban servidas, con la cara sonrojada y los ojos achispados, camisa de algodón por encima del bañador y el pelo rubio y mojado recogido con una cinta de grogrén de color rosa descolorida (había venido con el T-Bird de la señora Templeton, menuda potencia de arranque, y encima no es automático: es un T-Bird con cambio de marchas, ¿os lo imagináis?), y en algún momento entre las alcachofas y la llegada de Julie, Lily había contestado, por fin, al teléfono y le había dicho a Ryder Channing que podía estar en casa más tarde, lo cual era obvio, y que *contara con ella*. Everett no le preguntó quién había llamado (lo sabía, lo sabía siempre), y cuando ella se percató de que a causa del calor y la tensión se le hinchaba la vena en la sien, supo que tenía que decir algo. Y lo que terminó diciendo, en un tono artificialmente despreocupado y embarazoso, en el que se confundían la culpa y el amor, fue que finalmente tal vez iría a casa de los Templeton. *Que contara con ella*. No pasaba nada. Parte de la tensión se disipó en el rostro de Everett y pareció que

todo iba a ir bien. Lily podía coger su coche, marcharse de la fiesta temprano (Everett sabía que tenía dolor de cabeza) y reunirse unos minutos con Ryder en el embarcadero. Más tarde ya se le ocurriría la manera de reconducir la situación y contentar a todo el mundo. Por lo menos había salvado la cena. Aun así, empezó a desear no haber contestado el teléfono, empezó a desear que Everett y ella hubieran podido quedarse en la cama mientras el sol se retiraba gradualmente de la habitación y los grillos comenzaban a cantar y llegaba el viento nocturno del río (lo habían hecho alguna vez durante su primer año de casados, quedarse en la cama mientras anochecía, sin hablar, bebiendo un sorbo de vez en cuando de la botella de bourbon que Everett siempre tenía al lado); empezó a lamentar que no hubieran podido quedarse, invulnerables, en aquella cama de nogal desde las cinco de la tarde hasta la mañana siguiente.